

La formación: cómo no perder el Espíritu

Eduardo Valdés., sj.

Desde el noviciado hasta la última etapa de formación, siempre surge la pregunta de cómo hacer para ayudar y acompañar a una persona que entra en la vida religiosa. Quisiéramos pautas precisas, incluso una receta. La dificultad sobreviene cuando nos damos cuenta que el mismo que llama es el que hace permanecer y da las gracias necesarias en ese camino. Es decir, se trata de una vida espiritual que se extiende en todas las etapas de formación y continúa a lo largo de toda la vida.¹

En ese sentido, quisiéramos hablar de la importancia de la vida religiosa de un jesuita y el papel que pueden tener los Ejercicios en esa labor sobre uno mismo con el fin de ayudar a otros (“ayudar a las ánimas”). Es un itinerario personal que se vuelve servicio hacia las personas. En este artículo quisiéramos presentar una breve reflexión sobre los Ejercicios y de manera sucinta, el intento de aplicar ese marco, ese entramado en las diversas etapas de la vida en la Compañía de Jesús. Esperamos que esta presentación ayude a las diversas

* Jesuita. Perteneció al equipo de redacción de Diakonia.

¹ Con el P. Pierre Gouet nos unió una gran amistad. Primero como padre espiritual en un momento de los estudios. Después, haciendo la tercera probación, pedimos la experiencia de estar con él varios meses conversando número por número de los Ejercicios Espirituales y las Constituciones de la Compañía de Jesús. Fue escuchar y estar con una persona sabia y de una gran finura de espíritu. Por eso, este artículo y otras reflexiones espirituales llevan la marca de esos encuentros. Hoy ya fallecido ha dejado su estela y su sonrisa sosegada en muchos de nosotros. Este artículo, en lo fundamental, fue una charla que tuvo con los superiores de la Provincia de Francia.

congregaciones religiosas y a los laicos y laicas a ir caminando en esa entrega diaria que teje nuestra vida para siempre.

Los Ejercicios Espirituales: la ecología del Espíritu

Como todos sabemos, el libro de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio no es para leer. Es el apoyo del director para acompañar a la persona que busca la voluntad de Dios, sin olvidar que los dos grandes sujetos son el ejercitante y Dios. En ese sentido, difícilmente podemos dar una definición de los Ejercicios en el sentido tradicional. Nos conformaremos con una descripción que nos ayude a entrar en ese camino.

Los Ejercicios son un conjunto de procedimientos (“maneras de proceder”) que hacen posible las consolaciones y las desolaciones que permitirán al jesuita reconocer el deseo de Dios y tomar la decisión de servirle en la acción apostólica (la vida apostólica).

Tenemos, pues, un conjunto de procedimientos o de maneras de proceder descritas de una manera minuciosa. La descripción de estos múltiples procedimientos ocupa casi la totalidad del libro de los Ejercicios. El contenido de la docena de meditaciones propias a los Ejercicios (salvo el Principio y Fundamento y las tres maneras de humildad) está propuesto no como materia bruta sino procedente de las múltiples indicaciones sobre la manera de utilizar ese contenido propuesto. Según el caso hay que recordar, “refletir”, considerar, contemplar, detenerse, gustar, repetir, demandar, etc.

Quien dice multiplicidad de procedimientos dice también gran diversidad de medios propuestos para favorecer el proceso de búsqueda. Con las cosas escogidas o rechazadas, sobre todo, con lo que es él mismo es que el ejercitante debe buscar: todos los niveles de su ser son solicitados por el dispositivo de los medios puestos en su ayuda, lo mismo todos los aspectos de su existencia cotidiana. Nada es descuidado: el lugar separado del retiro, la hora de oración con los minutos que eventualmente hay que añadir, la comida, el sueño, el buen y mal tiempo, el cuerpo y todas sus posiciones posibles... Tampoco el espíritu y todas sus capacidades con todos los pensamientos que le atraviesan, el corazón y todos los sentimientos que le habitan, todos

ellos para que el ejercitante pueda reconocerse en medio de esa multitud de reglas propuestas. Incluso hay reglas para verificar mi relación social con la Iglesia. Estamos ante un ingente dispositivo para ayudar a resolver las dificultades que entorpecen la búsqueda o para acoger lo que la favorecen.

Esta búsqueda postula que el ejercitante entra libremente en una ruptura con su ambiente habitual, se coloca en otro lugar. Deja su mobiliario, su entorno familiar y son reducidas las pequeñas satisfacciones que le ayudan cotidianamente a vivir. Más aún, su búsqueda exige que se introduzca en un universo de pensamientos y sentimientos que no le son forzosamente familiares y entre los cuales no se despliegan sus propios criterios y puntos de referencia.

Veamos uno de los principales procedimientos: *la oración*. En los Ejercicios, la oración es objeto de muchas previsiones. Está dotada de su propio dispositivo, no comienza ni se detiene de cualquier manera. Tenemos todo el cuidado que debemos darle a los preámbulos, a las adiciones propias de cada semana, etc. Nada se deja al azar, a la imprevisión. Al lado se dan ciertos “avisos”, como no tener curiosidad sobre la oración que vendrá después, no es necesario acabar el sujeto o “tema” de la oración, no hay que buscar saber mucho... Tenemos, a medida que nos acercamos al corazón de la oración, consejos cada vez más discretos: sentir y gustar interiormente las cosas, hablar como un amigo habla a su amigo, etc.

El ejercitante de la misma manera que ha cambiado de universo va a aprender, en la oración, a cambiar de palabra. Aprenderá a renunciar a solazarse de sus propias palabras para escuchar la palabra de otro. Es una nueva y distinta ruptura laboriosa.

Otro elemento importante del procedimiento es la presencia del *testigo*. Testimonia esto la gran mayoría de anotaciones que están dedicadas a definir el papel del acompañante. Es sobre todo, el árbitro que ayuda a respetar las reglas del dispositivo. El acompañante es aquel con quien el ejercitante conversará para no quedar prisionero de sus propias palabras o de sus sentimientos. Constituye una presencia de la Iglesia para el discernimiento a fin de ayudar al ejercitante a que pueda cernir entre sus palabras y en su comportamiento lo que manifiesta el espíritu de Dios o el espíritu del mal.

El testigo (el árbitro no juega) no debe convertirse en actor, por el contrario, debe cuidar mucho a que el combate no se haga entre él y el ejercitante sino entre el ejercitante y Dios. Si esto no se observa, el ejercitante hará sus ejercicios en torno a bellas ideas, a la manera de hacer del Padre Tal y se alienará con otra persona en lugar de encontrar a Dios. Vendrá un momento en que el testigo deberá desaparecer completamente.

Nos hemos detenido en el aspecto planificador de los Ejercicios aparentemente al servicio de la oración, sabiendo que ella no está menos planificada que el resto. ¿Todo se detiene o lleva ahí? Sí, si los Ejercicios solo fueran una escuela de oración. Recordemos que la oración o la ascesis no tienen en ellas mismas su fin sino que son medio para otra cosa. La planificación del conjunto de los Ejercicios se da para que pueda acontecer otra cosa, es decir, para que pueda darse la consolación y la desolación.

Consolación y desolación para reconocer su deseo de Dios. Lo que hace específico a los Ejercicios no son la ascesis, los métodos ni la materia de la oración sino el hecho de que son el tiempo donde uno es agitado por diversos espíritus. Por eso, la especial atención que se le da a las consolaciones y desolaciones como camino del discernimiento.

Los efectos producidos en nosotros por el mal espíritu o por el espíritu de Dios, leídos con la ayuda del acompañante, permiten hacer la diferencia entre ellos y así reconocer el deseo de Dios que habita en el ejercitante. Pues, el signo de que el deseo de Dios existe en nosotros es justamente la agitación ("movidos"), la contradicción en nosotros de dos espíritus que se hacen la guerra, entran en combate.

Contradicción por una parte entre la imagen de mí mismo que sueño ser, que persigo, que proyecto en el futuro para llegar a ser el que imagino y por otra parte, la imagen de Dios que sigo siendo, habitado por Dios y sin tregua movido por el deseo de encontrarlo y servirlo.

Recordemos la experiencia de Ignacio: el hombre que quería servir a la Dama se imaginó rápidamente convertido. La contradicción la encontró en el corazón mismo de su conversión pues creyó reemplazar la Dama por Dios. No escapamos de uno mismo metiendo a Dios en su lugar en nuestra cabeza. Es a través de sus tormentos hasta el deseo del suicidio (la caída

de nuestra imagen es sin duda una de las grandes pruebas de nuestra vida y puede engendrar la desesperación), es decir, a través de las alternancias de consolaciones y desolaciones que finalmente Ignacio logra percibir, que bajo la cobertura de servir a Dios, se mantenía el deseo de brillar ante los ojos de los seres humanos y de Dios, pues, este Dios seguía siendo su ley interior, ley que continuaba a encadenarlo. Quería servir a Dios por sus proezas ascéticas y por las confesiones finalmente exactas que soñaba hacer sin poder realizarlas. Tuvo que renunciar a la imagen de sí mismo (esa búsqueda de honores), es decir, a su voluntad de seducir a cualquier persona, a su voluntad de hacer su vida por él mismo por sus hazañas ascéticas o por su obediencia a la ley para así reconocer en él finalmente el deseo puro de entregarse a Dios, él pobre criatura, para que Dios le enseñe y lo envíe.

Los ejercicios alcanzan su meta cuando el ejercitante, purificado de sus sueños ilusorios por la primera semana, iluminado por la contemplación de Cristo en la segunda semana, descubre esa humilde, frágil realidad que lo habita, su deseo de Dios. Deseo que es un movimiento, un dinamismo en él, no una cosa de la que necesita sino una presencia a la vez plenificante e inaccesible que lo llama fuera de él mismo hacia Dios, hacia la creación y hacia los demás seres humanos. Ese deseo va a vivirlo de ahí en adelante en la multiplicidad de cosas en que antes se extraviaba, pues, descubre con gran alegría que no hay dos deseos sino que su deseo es único porque él es el deseo del Único. No hay más que un solo Dios.

Tenemos aquí ese pequeño punto luminoso, el apogeo de los Ejercicios. Es también un mínimo nocturno. Porque es un punto secreto, una especie de lugar nupcial que el acompañante es invitado de manera firme a no violar. Es un momento silencioso de deslumbramiento en la noche en el que es difícil dar cuenta. Es una palabra sin palabra porque está en el corazón, un camino sin traza. El Salmo 19,4 da cuenta: "Sin hablar y sin palabras, y sin voz que pueda oírse".

Dicho de otra manera, es una experiencia, aunque ínfima, impalpable. Es un pequeño acontecimiento sin medida común con la planificación que lo ha preparado, casi sin relación con la programación

que solo parece haberlo hecho posible y que de repente aparece ridículamente inútil cuando el resultado es gustado.

Esta desproporción entre el dispositivo casi monstruoso y sin embargo necesario y el surgimiento del deseo de Dios en un ser humano no está dicha en los Ejercicios. Está sencillamente significada por el extremo pudor y la síntesis silenciosa del texto que contrasta totalmente con la descripción del enorme arsenal de los medios. El texto dice bien que es una experiencia pues comienza con un “cuando”. “(El primer tiempo) es quando Dios nuestro Señor así mueve y atrae la voluntad, que sin dubitar ni poder dubitar, la tal ánima devota sigue a lo que es mostrado...”(No. 175). “... quando se toma asaz claridad y cognoscimiento por experiencia de consolaciones y desolaciones, y por experiencia de discreción de varios espíritus” (No. 176).

Finalmente la persona que reconoce en sí mismo, viviente el deseo de Dios, descubre que ese deseo es también un deseo profundamente humano. No es más un deseo infantil que corre tras sus sueños, que va tras su imagen, ahora es el deseo de un ser humano humilde que acepta su realidad limitada y el mundo también limitado pero de ahí en adelante no serán los caprichos los que le harán actuar. Será su deseo de servir al único encontrando su camino propio en medio de la multiplicidad de surcos apostólicos que la Compañía de Jesús ha encontrado y continuará a abrir en la Iglesia.

La formación y la vida apostólica del jesuita bajo la luz de los Ejercicios

La candidatura: nos encontramos con un joven que quiere entrar a la Compañía de Jesús. Hay un procedimiento previsto para este camino: la conversación entre la persona que pide y el delegado de la SJ que está instituido como testigo de la seriedad de la petición.

Este procedimiento puede tomar el cariz de una formalidad administrativa y, muchas veces, se ha vuelto así. Pero es olvidar el parentesco entre este procedimiento con el de los Ejercicios, pues, podemos afirmar que el manual de conversación que constituye el Examen General es ya una especie de ejercicios espirituales.

Como debe darse en esta conversación, cada uno se presenta. Primero la SJ con su historia y la misión que la anima. Después el

candidato con su propia historia, no es cuestión de sus ideas sino de su experiencia, del camino real que ha recorrido.

Todos los niveles de su historia son tomados en cuenta: el nivel familiar, corporal, intelectual, afectivo, profesional. Pero lo que es importante en medio de todo esto es la historia del nacimiento y del devenir de su deseo de entrar en la Compañía. Todo esto es lo que le interesa a la SJ. ¿Qué ha pasado?

Se espera del candidato una experiencia no ideas maravillosas o buenos sentimientos. ¿Desde cuándo ha tomado la decisión de dejar el mundo? ¿Se ha debilitado su decisión? Pues, se espera, desde el inicio del juego, que queramos personas estables y firmes en su vocación. ¿Ha sido “empujado” por alguien? Si ha sido un jesuita, se le pide que espere para que su deseo de entrar en la SJ se vuelva realmente suyo y no el de la otra persona. En las Constituciones se precisa que la persona que reciba al candidato “debe ser muy moderado en el deseo de recibir”(Const. 143).

Impresiona este modo, pues, se supone que el que entra ya debe tener la experiencia de dejar el mundo: “Séales propuesto cómo la intención de los primeros que se juntaron en esta Compañía, fue que se recibiesen en ella personas ya deshechas del mundo y que hubiesen determinado servir a Dios totalmente...”(Const. 53). Apenas se ha comenzado el camino y se supone casi alcanzado el término. No olvidemos que en el Principio y fundamento de los Ejercicios ya está presente el término de la Contemplación para alcanzar amor.

Si la Compañía quiere personas deshechas o desligadas del mundo quiere decir que han estado ligadas o afectadas y que ellos no han tenido miedo. En efecto, hay candidatos cuyo motivo inconsciente para entrar en la vida religiosa es el miedo del mundo y de la vida. La vida religiosa es para ellos como un oasis ensoñador: la vocación como refugio contra la dureza de la existencia. Las dificultades que inconscientemente el candidato busca huir, las broncas de la vida, el rigor de las relaciones con otro, la responsabilidad de su libertad, la toma en cuenta de la sexualidad, etc., todas ellas las encontrará en la Compañía. La vocación a la SJ pide un

espesor o densidad humana, por eso, es una ilusión creer que si falta ya se remediará fácilmente más adelante.

Pongamos el ejemplo de una vocación imaginaria. Un joven muy brillante, lleno de diplomas por todos lados, quiere entrar en la Compañía. Habla ardientemente de su familia, estamos al acecho de lo mejor en todos los campos. Nada se dejó de lado para que los niños tuvieran la mejor escuela, el domingo se va a la mejor parroquia de la ciudad... la lógica familiar de lo mejor sigue su camino. El joven quiere ser sacerdote, claramente no secular sino lo mejor que hay entre las órdenes religiosas: quiere ser jesuita. Difícilmente dejaríamos de dejarnos tocar por ese tipo de lógica. Al día siguiente del retiro y en los días que continuaron se instaló en el candidato una gran tristeza e indecisión. Suavemente acepta poner en cuestión su voluntad de "ser jesuita", pues, para él, ésta era una forma de hablar la lógica del imperativo de lo mejor en él. Cuando se le insinúa que lo mejor en sí no es necesariamente lo mejor para uno, se siente iluminado y llega a "ver" lo que no se atrevía a balbucear. Reencuentra la calma, la paz y se va liberado como de una especie de trampa, y decide casarse.

Otro candidato quiere ser jesuita y lo que quiere de tal manera que salta de alegría. Por eso, queda impactado que no se le abra los brazos a esta luminosidad que llega. Está lleno de la Compañía imaginaria como aparece en la prensa y en los medios: orden poderosa, intelectual e influyente, incluso martirial, etc. Él siente que tiene todo para ella. Multiplica las justificaciones concretas, se le dice que cuando un joven ama verdaderamente a una joven en general le cuesta mucho decir por qué la ama. No se le admite inmediatamente, se le da un año. El recommienza su camino un poco más calmado... pero se mantiene la reticencia a admitirlo por esa fascinación de la Compañía que no parece sana. Poco tiempo después se irá a buscar otros caminos.

En los años ochenta, la situación política podía teñir excesivamente el deseo de la vocación. Había la dificultad de discernir si la vocación era "política" o religiosa. Sabiendo que el compromiso con Dios se vuelve compromiso con la gente que sufre y es pobre, en este mundo. Después del martirio de varios jesuitas, lo "imaginario" del martirio se coló por todos

lados. ¿Cómo hacer para mantener el justo medio?².

Se impone una anotación: en general, los candidatos que ponen delante ideas muy precisas, motivaciones concretas del tipo: "quiero entrar en la Compañía por su formación intelectual o a causa de llegar a ser tal o cual cosa..." podemos decir que a menudo detrás hay una vocación imaginaria. Más el compás es estrecho más atención hay que poner. Es lo mismo para los motivos que se tienen para hacer los Ejercicios de mes: para aprender a darlos, para convertirse en un maestro espiritual. Conviene detener la marcha pues, rondamos lo temerario. Al contrario, cuanto más amplio es el compás, es decir, cuanto menos la entrada a la Compañía es especificada con un objetivo preciso, más tiene los visos de ser cierta. Es la misma condición para hacer los Ejercicios de mes, condición expresada en la Anotación 5: "... ofreciéndoles todo su querer y libertad". Moisés no liberó a Israel de Egipto porque tuviera necesidad de hacerlo. Poniéndolo en forma de paradoja, podríamos decir que menos alguien tiene el deseo de hacer alguna cosa más se hace claro que es una vocación de Dios.

Vemos entonces la apuesta sobre la que se fundó la Compañía y sobre la que deberá funcionar: se quiere hombres que tengan espesor humano y serias aptitudes y al mismo tiempo, rechazar que esas aptitudes sean el criterio primero para admitir, pues, el criterio último es el deseo de Dios.

El texto del Examen general está tejido por la palabra deseo: el candidato cuenta la historia de su deseo. Lo impresionante es que al final de la conversación, la Compañía le propone la cuestión decisiva: si desea con todas las fuerzas lo contrario que el mundo ama y abraza, es decir, vistiéndose de la vestidura y librea de Jesucristo (Const. 101). En caso de nuestra fragilidad,

² Después de la muerte de los padres jesuitas y la señora y su hija quisimos escribir sobre el martirio. Lo hicimos en una serie de conferencias que se dictaron en la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" para animar y seguir impulsando a la gente que había quedado anonadada por lo ocurrido. Estas charlas se dieron en el marco, en aquel entonces, del mes teológico que se tenía en enero de todos los años. Después vimos la necesidad de seguir reflexionando sobre la experiencia de la Iglesia que también habla de los confesores y doctores como camino de amores radicales. Pues, el martirio y el ser virgen son dones especiales de Dios pero en su magnanimidad los sigue dando a los que llamamos confesores y doctores. No solo derramar la sangre sino también gastarse y desgastarse en la misión del reino de Dios es un modo de mantenerse fieles a esa entrega radical. Todavía debemos esa reflexión a los padres y a las personas que estuvieron, en ese entonces, en el mes de teología.

flaqueza dice el texto (Const. 102) y de nuestra miseria humana descubre que no tiene encendidos esos deseos “así encendidos en el Señor nuestro, sea demandado si se halla con deseos algunos de hallarse en ellos”.

Dicho de otra manera, al comienzo de todo, se le presenta al candidato la cuestión de saber si su deseo ya lo ha conducido a esta experiencia, a este acontecimiento del encuentro con su Señor crucificado y humillado que es propiamente el corazón secreto de la vida espiritual del jesuita. Vemos entonces a qué altura pone San Ignacio la barra desde los inicios del camino.

EL NOVICIADO también tiene un conjunto de procedimientos propios para despertar las consolaciones y las desolaciones y así aprender a vivir sus alternancias, a leerlas y por esta vía depurar el deseo de Dios.

Es un camino de iniciación de los procedimientos elementales de la vida espiritual que servirán para asegurar los fundamentos de una vida estructurada espiritual personal. Primeramente el novicio aprende a leer lo que pasa en él (consolaciones desolaciones) y en consecuencia comportarse con la ayuda del testigo que allí es aún el maestro. Hacer hacer las experiencias y no ofrecer al novicio la descripción encantatoria de un ideal abstracto y descorazonador. Se le toma donde está, como se dice en los Ejercicios, y se le ayuda a referirse a la experiencia de Ignacio no para copiarla sino para permitirle avanzar en la propia. Pasará por los excesos y las invenciones raras de Ignacio: “hoy caminé entre las espinas porque no encontré qué hacer para domeñarme”.

Hoy el noviciado mantiene su encuadre de firmeza que es necesaria sin llegar a ser rigidez como lo indica una antigua instrucción de la Compañía: “para que los novicios puedan mostrarse al natural”. Al acoger un novicio, la Compañía acoge un dinamismo que no se trata de destruirlo sino de evangelizarlo. Como cualquier persona, el novicio va tras la imagen de él mismo: “estoy atado a mí mismo como la uña y la carne” decía uno de ellos, incapaz de la mínima distancia. Es esta imagen la que hay que desherrumbrar por la ruptura con todo tipo de criterios mundanos que han confeccionado sus maneras de pensar, de comportarse, de proyectar su futuro, todo eso, cada uno de nosotros lo

sabe, es una coraza dura de romper.

Hay dos factores importantes: primeramente el tiempo. El primer año está marcado por la calma, la oración, el silencio, aprender a durar en esta vida ordinaria cuyo centro es el mes de Ejercicios. Está también el aprendizaje del acompañamiento que no es evidente. Por ejemplo, un novicio frustrado que dice: "mi fantasma es la fusión, ser querido por todos". Ese otro novicio que solo quisiera estar con la gente en pastoral.

El segundo año está concebido sobre todo para ayudar a los novicios a estructurar en ellos la persona apostólica: durante cuatro meses consecutivos vivirán solos o con otro en una experiencia. No hay horarios para la oración y para el resto de cosas "espirituales". Se trata de inventar, de encontrar las condiciones de su fidelidad en las diversas exigencias de la vida religiosa como lo tendrán que hacer a menudo en el resto de su vida. Un juego posible de experimentos diversos permite enviar a cada uno a la situación que le ayudará a progresar de la mejor manera. Tenemos ejemplos diversos... En los últimos seis meses comienza lo que podemos llamar la mini-teología, una experiencia de corte intelectual. El interés está en permitirles a los novicios funcionar sobre otro teclado en ellos mismos. La lectura de la experiencia continúa y permanece la referencia al testigo: ese testigo que ha visto al novicio trabajando en los Ejercicios, en las dos o tres experiencias y ahora en la vida de estudios tiene la posibilidad de ayudar a descubrir tanto las mismas resistencias o los mismos triunfos o dones como también las constantes o las diferencias en este tipo de actividades tan diversas. Camino pequeño pero no inútil en el conocimiento de sí y de la unificación de su ser.

Los novicios que entran cada año no están tallados en una tela distinta que sus camaradas de facultad, trabajo o convivencia que han dejado. Llevan con ellos las mismas riquezas, ambigüedades, las mismas dificultades de creer, las mismas generosidades, las mismas miserias pero a través de ellos que no son sino una pequeña gota de agua en el mar, es una porción infinitesimal de su generación que, a pesar de todo, corre el riesgo de creer atravesando los desafíos mundanos que les habitan, aceptando dejar pasar el deseo de Dios que los inunda en el laminador del combate espiritual con el fin de ser purificados y vigorizados. Tal es lo que está en juego en el noviciado, es algo pequeño, secreto, sin proporción con todo lo que se ha puesto en

movimiento para hacerlo posible. Es la historia del “amor primero”, la historia del injerto que ha pegado sin ruido en el árbol de una generación a quienes los jóvenes que la conforman se encontrarán confrontados. En el noviciado se trata de ayudar al novicio a experimentar la vida del Espíritu, esta vida solo puede experimentarse en el desaparecimiento de lo que el novicio puede imaginar, proyectar. Es justamente este desaparecimiento el que da toda la fuerza al deseo de un compromiso de su vida por Dios.

ALGUNAS ANOTACIONES SOBRE LA ETAPA DE ESTUDIOS: el novicio a través de los primeros votos, recibe de la Compañía cierta autenticación de la verdad de su deseo de servir a Dios en la acción apostólica. La etapa que comienza parece ahogar este deseo permitiendo al estudiante adquirir los instrumentos de la futura acción, principalmente la formación intelectual.

Una formación intelectual, es decir, un conjunto de procedimientos capaces de desarrollar las capacidades de su inteligencia respetando las leyes específicas del desarrollo de la razón humana. Hay una planificación, una carrera con sus obstáculos y las pruebas inevitables de toda experiencia intelectual. No nos detenemos en la descripción de esta planificación, sobre el arsenal de medios puestos en obra. Las Constituciones desbordan este aspecto organizacional para indicar las interferencias espirituales

“...después que se viere en ellos el fundamento debido de la abnegación de sí mismos y aprovechamiento en las virtudes que se requiere, será de procurar el edificio de letras y el modo de usar de ellas, para ayudar a más conocer y servir a Dios nuestro Criador y Señor”(Const. 307). La misión en esta etapa es el estudio para el servicio de Dios en la acción apostólica. Por eso, “...las mortificaciones y oraciones y meditaciones largas no tendrán por el tal tiempo mucho lugar” (Const. 340). Ignacio parece indicar que habrá una cierta frustración espiritual inherente a la experiencia intelectual.

Además, “pues el atender a las letras que con pura intención del divino servicio se aprende, y piden en cierto modo el hombre entero, será no menos grato a Dios nuestro Señor por el tiempo del estudio” (Const. 140). Aquí la relación con un testigo hace parte del dispositivo.

Tal tutor, por ejemplo, pide al estudiante que viene de escogerlo

como acompañador de sus estudios “¿qué es lo que querías que supiera sobre ti para acompañarte en tu trabajo intelectual?” Otro tutor acaba de terminar de leer el trabajo final de teología y habla con su autor diciéndole: “tu trabajo es un arreglo de cuentas profundo. Sería bueno que hablaras con tu padre espiritual”. Reflexión del joven teólogo: “el tutor no debe unirme a su manera de ser teólogo”. Encontramos aquí, transpuestos, los consejos dados al director de Ejercicios que “...no se decante ni se incline a la una parte ni a la otra...” (EE 15). El tutor, como en los Ejercicios, es el garante del hecho que el estudiante observe cabalmente las leyes de la experiencia intelectual para que pueda pasarse alguna cosa. Ayuda a hacer el punto de progresión, ayuda a soportar las frustraciones, por ejemplo, cuando el estudiante quisiera quedarse en la euforia de una cuestión que le llena pero conviene pasar a otra. El tutor, algunas veces, tiene que luchar para conseguir que el estudiante deje de almacenar para comenzar a lanzarse a tener su propia palabra para redactar un trabajo o una tesis.

La desolación y la consolación no están ausentes en este tiempo de estudio. Pongamos algunos ejemplos: “la desolación se da en mí cuando la consolación se tiene sobre algo adquirido, a un tener intelectual; cuando se dirige hacia el sentimiento de poder de mi saber”. “Me cuesta mucho el ser vulnerable estando sometido a la dimensión crítica del trabajo intelectual”. “Hay un momento doloroso, cuando me doy cuenta que apunté demasiado alto y no era el intelectual que soñaba; pero es una verdad dolorosa que me ha liberado pues me dije: me doy cuenta que soy una criatura y la mejor manera de servir a Dios es mi verdad aceptada”. “Mi competencia teológica no dará respuesta a todo”. “Siento que ante tanta pobreza y dolor, mi teología se queda pequeña. Me siento impotente”. Encontraremos a través de estas reacciones o reflexiones de los estudiantes el tema de la humildad que una y otra vez salen en los capítulos de las Constituciones consagrados a los estudios.

TERCERA PROBABACIÓN: no hay como en otro tiempo una especie de lugar “sagrado” instituido para la tercera probación. Tenemos ahora casi tantos lugares como tercerones... el lugar de la tercera probación se ha convertido en el lugar de inmersión del tercerón en el mundo, lugar de su fidelidad a Dios en este mundo.

Respecto al plan de tiempo de la tercera probación, hay todavía un tiempo delimitado pero es un tiempo que se mide sobre todo por la duración que se necesita para rearticular las presencias (Dios, el mundo, uno mismo, con los compañeros) que tenían tendencia a disociarse.

El dispositivo de la tercera probación se ha convertido en la misma materia de la existencia apostólica que constituye un excelente experimento. Sin embargo, hay un dispositivo relativamente nuevo que se ha ido instituyendo solo, como una especie de necesidad del tiempo en que se vive, una especie de ejercicio espiritual que ha encontrado sus reglas: juntos, los tercerones, en una especie de deliberación, comparten sus experiencias. No es un desembalaje fusional ni con la pretensión de la transparencia, algunas veces ciertos deslizamientos ideológicos, en el fondo para evitar la verdad haciendo la mueca de buscarla, otras veces también, aunque cada vez menos, un arreglo de cuentas con la formación, con la Compañía, etc. Es una especie de necesidad de decapitar las amarguras o de hacer una operación de curación.

Lo que queda de todo esto es una preocupación apostólica manifestada en la conciencia dolorosa de una separación, de un muro, conciencia de una impermeabilidad del mundo nuevo a la fe o la aparente impotencia de nuestra fe ante ese mundo. Eso no es nuevo para nosotros. Pero lo que es nuevo es la inmersión mucho más radical que la Compañía ha pedido a los jóvenes jesuitas de operar en condiciones difíciles de trabajo en fábricas, en laboratorios, en el campo, con los pobres, etc. en el corazón de un mundo deshecho o violento en que la fe y Dios son juzgados inútiles.

Muchos jesuitas jóvenes cargan hoy ese fardo, afrontan esta apuesta cotidiana, se dan contra este muro de separación de la Iglesia y del mundo pero movidos por un instinto de riesgo que permanece un elemento fundamental de la Compañía de siempre, estos jóvenes jesuitas saltaron este muro para caer en otro mundo. Hemos visto cambiar su mirada pues, manteniéndose ligados a la fe y a la Iglesia, miran la fe y la Iglesia a partir de otro mundo, el mundo de los que sufren y son pobres. Esto tiene su importancia, toman la cuestión de la fe a partir de aquellos que no la tienen, la cuestión de la Iglesia a partir de los

que no pertenecen y de aquellos que peligran en su fe porque no ven la justicia en sus vidas o en sus relaciones. Han adquirido una mirada de benevolencia a priori sobre los que no son cristianos, lo que es indiscutiblemente evangélico. También una mirada de misericordia ante los pobres que impulsa a llevarles la justicia evangélica junto con la paz.

Habiendo saltado el muro, ellos mesuran, después de un primer momento, que este otro mundo es también él mismo un muro, un tipo de universo estructurado (pensemos en la clase obrera, las guerras, los emigrantes), otro mundo estructurado que resiste mucho más de lo que uno imagina porque defiende su identidad. Después del primer descubrimiento, los vemos lanzados al despojo, a la humildad, al respeto y a una solidaridad humilde pues, la asimilación es imposible: uno no se vuelve emigrante, ni obrero ni incluso quizás sufriente de la guerra. Es la contradicción de ser otro la que se trata de vivir, pues, mi fe me hace otro. En mi solidaridad con los otros nada pasará si me fundo en los otros renunciando a ser otra persona.

El compartir que acabo de evocar como elemento importante de la tercera probación lleva a hacer descubrir o reforzar el acompañamiento. Lugar para restaurar, profundizar las relaciones afectivas con la Compañía.

La tercera probación por eso vivido es ya un lugar propicio para el surgimiento de las desolaciones y las consolaciones. No olvidemos que ha habido tiempo de estudios, fácilmente varios años con su efecto desecador y que ha podido ser también exaltado por una inteligencia que ha visto nacer su poder.... La tercera probación comienza, sobre todo, en la aridez o el miedo. Pocos han conocido hoy las gratificaciones que tuvimos en los primeros años de nuestro ministerio pastoral, etc. Tenemos constataciones como: "he pasado mi tiempo a encorvar sobre mí la gloria de Dios". "Me encuentro fascinado por la búsqueda de lo negativo en un ser o una situación". "Descubro en mí al seductor consciente de su fuerza". "Me he hundido en una gran miseria afectiva, permanecía inconsolable, es la droga que me permite permanecer el centro de mis miradas sobre mí mismo", "tanto dolor, tanta violencia y tanta pobreza me hacen sentir que no haré grandes cosas en mi vida", etc...

Como vemos, la imagen de uno mismo decapitada un poco en el noviciado ha retomado un tipo de vigor mundano y el deseo de Dios se ha esfumado proporcionalmente. Desolación-consolación no tiene más el color pastel tierno que se tenía en el noviciado. Son los de una persona madura y el choque con el evangelio en el tiempo de los Ejercicios es mucho más duro. Difícil evangelio: si solo expresara ideas pero cuenta lo que más temo, es decir, una experiencia que pondrá radicalmente en cuestión las mías.

Es el momento donde se pueden reabrir los espacios del corazón (*la schola affectus*) para que el deseo de Dios y el apego a Cristo reencuentren su vigor, su desinterés y su fuerza en la misión apostólica indicada por la Compañía.

Difícil transcribir las reflexiones que conciernen la vida apostólica del Jesuita formado del que se ha hablado desde las notas desperdigadas y no estructuradas.

A MANERA DE CONCLUSIÓN: la formación del jesuita como el apostolado de la Compañía conlleva un esfuerzo considerable en personal, en medios, en estructuras necesarias para la vida de la Compañía y para irse haciendo humano y espiritual.

Todo esto es la visibilidad de la Compañía y muchas veces los medios de comunicación buscan reducirla a esto. Por este aspecto, la Compañía como la Iglesia es un instrumento, es decir, una manera que los seres humanos, encuentran para disponerse a acoger, cuando Dios los disponga y lo de, la promesa del Espíritu.

Para asegurar este aspecto organizacional novedoso de una provincia, de una casa es que hay superiores, pues, en ese nivel están obligados a pensar las políticas, estrategias y manera de proceder, etc. Vemos muy bien que Ignacio en el Prólogo de las Constituciones hubiera querido, aunque es imposible, no necesitar nada de eso. Los que han hecho los Ejercicios no ponen en duda la necesidad de todas las prescripciones que contienen, al mismo tiempo que saben evitar el confundir los medios con el fin. Estamos entonces sin la ilusión sobre la verdadera fuerza de los medios, pues, ellos se dan para convertir en una

experiencia el encuentro con Dios. Recordemos sobre qué hay que preguntarle al ejercitante cuando no pasa nada en su retiro. ¿Sobre su amor a Dios? En lo más mínimo. ¿Sobre las ideas que le han venido sobre tal pasaje del evangelio? Tampoco. Se le interroga sobre el uso que ha hecho de los medios propuestos y dados a su disposición. ¿Observa los preámbulos de la oración? ¿Las adiciones? ¿Estuvo la hora completa? Todo parece quedar a ras de suelo pero no hay manera de decir claramente que solo en la relación con lo instituido, encontramos el lugar verdadero donde descubrimos la verdad de mi deseo de Dios, la autenticidad de mi vida apostólica, etc.

Todo el arsenal de los medios y procedimientos instituidos por la Compañía en diversos dominios son propuestos para hacer posible la desolación-consolación de los jesuitas. Es un lugar en donde todo está hecho para que pueda aparecer la verdad, la mentira denunciada o más aún, es el lugar que permite descubrir quién inspira a quién. El arsenal está hecho para aprender a elucidar esta cuestión: ¿en qué reconocemos que es Dios o el mal espíritu quien habla? En los efectos que produce en la persona, en la casa, en la Provincia, pues, también hay desolaciones de provincia, de comunidad...

La desolación la conocemos por sus efectos de tristeza, turbación, miedo, pesantez, mala culpabilidad, al encerramiento en el hecho que los jesuitas, una casa o una provincia permanecen los interlocutores de sus propias palabras, de sus propias imágenes. "La vana gloria", dice Paul Valéry, "es una enfermedad que se contrae cuando uno se acuesta con sus propias ideas." Teresa de Ávila la llamaría el pundonor.

La consolación verdadera siempre habla a partir de alguna cosa en mí que no soy yo, ella me separa de mi imagen y así me libera, me hace diferente de lo que yo imagino o "sueño", me desaloja de mi manera de ver, de prevenir. Lo que quiere decir que hace surgir en mí el sujeto nacido de Dios, la imagen de Dios que soy yo mucho más fundamentalmente que el pequeño yo que intenta prefabricarse cotidianamente. La consolación pone un ser, una casa, una provincia fuera de su propia imagen y las confía al devenir de Dios que llama.

La formación de la Compañía como Compañía no busca y no tiene otro enfoque que el encuentro del Creador con la criatura. Si la Compañía no funciona con la consolación o si no es conducida por la consolación, ella funciona mundanamente.

La tentación siempre está ahí: convertirse en un jesuita en lugar de llegar a ser por la mediación de la Compañía un hombre conducido por el deseo de Dios.

Consolación-desolación sólo son medios, indicativos que revelan al que es más yo mismo que yo mismo, caminos del encuentro con mi Dios. Dios que me mueve desde el interior me convoca hacia fuera, en su creación. Me llama para enviarme a los seres humanos de hoy para ayudarlos a descubrir ese camino en el que Él está queriéndome conducir.

Vuelvo a esa ínfima experiencia o acontecimiento, que tiene una absoluta desproporción con el inmenso dispositivo del que acabamos de hablar, para proponer unas anotaciones finales

1. Esta pequeña experiencia-acontecimiento, silenciosa y secreta, es la que hace al jesuita y a la Compañía.
2. El Salmo 19 nos ayuda a entender que es una experiencia incernible, impalpable la que hace el cuerpo de la Compañía.
3. Es una experiencia-acontecimiento hiperpersonal la que hace una comunidad; un acontecimiento incomunicable el que hace comunicarse a los jesuitas entre ellos.
4. Una experiencia-acontecimiento difícilmente celebrable a no ser en la eucaristía tan amada por la Compañía, pues, justamente allí, en el camino de su Señor sufriente y resucitado es donde encuentra su propio camino
5. Sin palabras, sin discursos, sin voz que se entienda, el Salmo 19 continúa, "su mensaje llega a toda la tierra, hasta el último rincón del mundo". Aquí se expresa, de una manera preciosa toda la vitalidad apostólica y misionera contenida en esta experiencia pequeña, ínfima del acontecimiento.

Si todo esto es necesario y habiendo dicho que el gobierno de la Compañía, en todos sus niveles supone un aspecto organizacional, estratégico podremos entender la expresión a menudo utilizada para calificar el gobierno de la Compañía como "gobierno espiritual". Finalmente comprendemos que Ignacio no haya podido pensar en un solo instante que la Compañía sea conducida de otra manera sino a partir de ese punto secreto, esa "interior ley de la caridad y el amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones" (Const. 134).